pastora perseguida, á quien se trataba de embustera; después un sordo empuje de la miseria humana hambrienta de ilusión; luego, la propaganda, el triunfo del santuario radiante; y más tarde, la decadencia, el olvido, cuando en otro sitio nacía otro santuario del estático sueño de otra vidente. Parecía que el poder de la ilusión se gastaba; que era necesario á través de los siglos variarla de lugar, colocarla en una nueva decoración, en una nueva aventura, para renovar su poder.

La Saleta destronó á las antiguas vírgenes de madera ó de piedra que curaban; Lourdes acababa de destronar á la Saleta, esperando á su vez ser destronada por la Nuestra Señora, de mañana, cuyo dulce y consolador rostro se mostraría á un puro niño, que estaría aún por nacer.

Solamente, si Lourdes tuvo un éxito tan rápido, tan prodigioso, lo debía seguramente á la almita sincera, al delicioso encanto de Bernadette.

Aquí no había ninguna supercheria, ninguna mentira; sólo había la florescencia del sufrimiento; una miserable niña enferma que llevaba al pueblo de los que sufren su sueño de justicia, de igualdad en el milagro. No era más que la eterna esperanza, el eterno consuelo. Por otra parte, todas las circunstancias históricas y sociales parecían haberse unido para exasperar la necesidad de este vuelo místico, al final de un terrible siglo de investigación positiva. Y por esto, sin duda, duraría Lourdes aún mucho tiempo en su triunfo, antes de ser tan sólo una leyenda, una de esas religiones muertas, cuyo poderoso perfume se ha evaporado.

¡Ah, cuán fácilmente reconstituía Pedro, dando la vuelta á la vasta tela del panorama, este antiguo Lourdes, esta villa pacífica y creyente, única cuna posible donde podía nacer la leyenda! Esta tela lo decía todo, y constituía la mejor lección que se puede ver de las cosas. No se atendían las monótonas explicaciones del empleado: el paisaje hablaba por sí solo.

En primer lugar estaba la Gruta, el hueco de roca á orillas del Gave, un sitio de ensueño salvaje, pendientes terrenos cubiertos de matorrales, desplomamientos de piedras, sin un camino señalado, nada más; nada de embellecimientos, nada de estanque monumental, ni de paseos de jardin inglés serpenteando entre arbustos podados; nada de Gruta arreglada, reformada, cerrada por una reja, y sobre todo, nada de tienda de objetos religiosos, como estas cuya simonía era el escándalo de las almas piadosas.

La Vírgen, no había podido escoger en el desierto un rincón más encantador, para mostrarse á la elegida de su corazón, á la pobre niña, que paseaba allí el sueño de sus penosas noches, recogiendo leña muerta.

Después, del lado de allá del Gave, detrás de la roca del Castillo, hallábase el antiguo Locer desconfiado y dormido. Otra edad se evocaba; una pequeña villa, con sus calles estrechas, empedradas de guijarros, sus casas negras, sus marcos de mármol, su antigua iglesia medio española, llena de antiguas esculturas, poblada de visiones de oro y de pintada carne.

Solamente, dos veces diarias, las diligencias de Bagnéres y de Cauterets atravesaban á vado el Lapaca, para subir en seguida la ruda calzada de la calle Baja.

El espíritu del siglo no había soplado aún sobre estos pacíficos techos, abrigando una población atrasada, que había quedado niña, enteramente encerrada en la estrecha cadena de una fuerte disciplina religiosa. Ningún exceso; un lento comercio secular bastaba á su vida cuotidiana, una vida pobre, cuya rudeza era la salvaguardia de sus costumbres. Y jamás comprendió mejor Pedro, como Bernadette, nacida en esta tierra de fe y de honestidad, había florecido allí á la manera de una rosa natural, abierta en los escaramujos del camino.

—Esto es sumamente curioso,—declaró el Sr. de Guersaint, cuando se volvió á encontrar en la calle.—No siento haberlo visto.

María rióse también llena de alegría.

—Padre, parece que está uno allí ¿verdad? Por momentos se diría que los personajes van á moverse... ¡Y qué encantadora está Bernadette, de rodillas, en éxtasis, mientras que la llama de la vela lame sus dedos sin dejar de arder!

—Veamos—repitió el arquitecto;—sólo tenemos ya una hora, y, sin embargo, será preciso pensar en hacer nuestras compras, si es que deseamos comprar alguna cosa... ¿Quieren ustedes que demos una vuelta por las tiendas? Hemos prometido á Majestad darle la preferencia; pero esto no impedirá que nos enteremos algo. Pedro, ¿qué le parece á usted?

—Ciertamente; como ustedes quieran—respondió el sacerdote.—Por otra parte, con esto pasearemos.

Y siguió á la jóven y á su padre, quienes volvieron á la meseta de la Merlasse. Desde que salió del Panorama, experimentaba una singular sensación de extrañeza, como si de pronto le hubiesen transportado de una villa á otra, á través de los siglos Dejaba la soledad, la adormecida paz del antiguo Lourdes, aumentada aún más por la mortecina luz del velón, para caer bruscamente en el nuevo Lourdes, radiante de luz, ruidoso de muchedumbre.

Acababan de dar las diez; la animación era extraordinaria en las aceras; todo un pueblo que antes del almuerzo se apresura á terminar sus compras, para no pensar después más que en la partida. Los millares de personas de la peregrinación, en un último barullo, murmurando por las calles, asediando las tiendas. Parecían los gritos, los codazos, el brusco galopar de una feria que se acaba, en medio del contínuo rodar de los coches.

Muchos se abastecían de provisiones de viaje, desvalijaban los puestos que había al aire libre, ó aquellos donde se vendía pan, embutidos ó jamón. Compraban frutas y vino; se llenaban las cestas de botellas y de papeles grasientos, hasta estallar. Un mercader ambulante, que paseaba varios quesos en un cochecito, veía su mercancía arrebatada, como barrida por el viento.

Pero la muchedumbre compraba sobre todo objetos religiosos; y los mercaderes ambulantes, cuyos cochecitos estaban cargados de estátuas y de grabados piadosos, realizaban pingües negocios.

La clientela de las tiendas formaba cola sobre el arroyo; las mujeres estaban envueltas en inmensos rosarios, tenían sobre los brazos santas Vírgenes y llevaban vasijas para llenarlas de agua milagrosa. Estas vasijas, de unos diez litros de cabida, unas sin imágenes y otras pintarrajeadas de una Nuestra Señora de Lourdes en azul, añadían gran alegría á la barahunda, con su brillo de hojalatería nueva y su claro retintín de cacerola, llevadas á mano ó colgadas á la espalda.

Y la fiebre del negocio, el placer de gastar su dinero, de vaciar de dinero los bolsillos, llenándolos de fotografías y medallas, iluminaba las fisionomías con un aire de fiesta, transformaba la muchedumbre abierta en una muchedumbre de *kermesse*, con los apetitos excitados y satisfechos.

En la meseta de la Merlasse el señor de Guersaint estuvo tentado por un instante de entrar en una de las tiendas más bellas y acreditadas, cuya muestra tenía en letras grandes estas palabras: «Soubirons, hermano de Bernadette.»

—¡Ején! ¿si hiciésemos aquí nuestras compras? Esto sería más propio; nuestros pequeños recuerdos tendrían mayor interés.

Después pasó, repitiendo que era preciso antes verlo todo.

Pedro miró la tienda del hermano de Bernadette, oprimiéndosele el corazón. Le molestaba que el hermano vendiese la Santa Vírgen que había visto la hermana. Pero era muy necesario vivir, y seguro estaba de que la familia de la vidente, al lado de la Basílica triunfal, resplandeciente de oro, no haría negocio; tan terrible era la competencia.

Si es verdad que los peregrinos dejan en Lourdes millones, en cambio los mercaderes de artículos santos son allí más de doscientos, sin contar á los hospederos y patronos de casas de huéspedes que se llevan la mayor parte del dinero; de suerte que las ganancias, tan ásperamente disputadas, acaban por ser bastante medianas.

A lo largo de la meseta á derecha é izquierda del hermano de Bernadette, se abrían otras tiendas: una hilera no interrumpida de tiendas, apretadas unas contra otras, que ocupaban los cajones del barracón de madera, especie de galería, construída por el Ayuntamiento y de la cual sacaba más de sesenta mil francos.

Eran verdaderos bazares, muestrarios abiertos, llenando la acera, deteniendo la gente al paso. En el trayecto de unos trescientos metros no había otro comercio; un río de rosarios, de medallas, de estátuas, corriendo sin fin á través de los cristales. Y las muestras pregonaban en letras enormes nombres venerados: San Roque, San José, Jerusalén, la Vírgen Inmaculada, el Sagrado Corazón de María, todo lo mejor que el paraíso contiene para conmover y atraer á la clientela.

—A fe mía—declaró el señor de Guersaint,—creo que en todas partes hay lo mismo. Entremos en cualquier tienda.

Estaba ya cansado de esta interminable fila de escaparates. Sentía fatigadas las piernas.

—Puesto que has prometido comprar allá abajo—dijo María que no se cansaba nada,—lo mejor es volver.

—Eso es; volvamos á casa de Majestad.

Pero las tiendas volvieron á comenzar en la avenida de la Gruta. A los dos lados, se apretaban nuevamente; y allí se mezclaban los joyeros, los mercaderes de novedades, de paraguas, teniendo el artículo religioso; hasta había allí un confitero que vendía cajas de pastillas de agua de Lourdes, cuya cubierta llevaba una imágen de la Vírgen. Las vitrinas de un fotógrafo desbordaban de vistas de la Gruta y de la Basílica, retratos de obispos, de reverendos padres de todas las órdenes, mezclados con los sitios célebres de las montañas vecinas.

Una librería presentaba las últimas publicaciones católicas, volúmenes con títulos devotos, entre las numerosas obras publicadas acerca de Lourdes desde veinte años atrás, algunas con un éxito prodigioso, cuya resonancia duraba todavía. Por esta gran vía populosa, la muchedumbre corría en desatada ola, las vasijas sonaban; era una intensa alegría de vida, al claro sol que enfilaba la calzada de un extremo á otro. Y las estátuas, las medallas, los rosarios, no parecían cesar jamás; un escaparate seguía al otro; los kilómetros iban así extendiéndose, devanando las calles de la villa entera, ocupada por el mismo bazar, vendiendo los mismos artículos.

Ante el hotel de las Apariciones, el señor de Guersaint, sintió aún una nueva vacilación.

—¿Con qué está decidido que haremos aquí nuestras compras?

—Ciertamente—dijo María.—Mira qué bella es la tienda.

Y entró la primera en el almacén, uno de los más vastos de la calle, en efecto, que ocupaba la planta baja de la izquierda del hotel. El Sr. de Guersaint y Pedro la siguieron.

Apolonia, la sobrina de los Majestad, encargada de la venta, hallábase de pié sobre un escabel, tomando pilas de agua bendita, de una alta vitrina, para enseñárselas á un joven y elegante camillero, que llevaba unas admirables polainas amarillas. Reíase Apolonia con un arrullo de tórtola encantadora, con sus espesos cabellos negros, sus soberbios ojos en un rostro algo cuadrado, de frente recta, anchos carrillos y fuertes labios rojos. Y Pedro, vió muy claramente la mano del

jóven en el borde de la falda, haciendo cosquillas en el bajo de una pierna, que parecía ofrecerse gustosa. Esto sólo fué, por otra parte, cosa de un segundo. Ya la joven había saltado con presteza á tierra, preguntando:

—¿Luego, usted cree que este modelo de pilas convendrá á su señora tía de usted?

—¡No, no!—respondió el camillero marchándose.—Procúrese usted otro modelo. No parto hasta mañana; volveré.

Cuando Apolonia supo que María era la joven curada milagrosamente de que hablaba la señora Magestad desde la víspera, se mostró muy diligente.

La miraba con su alegre sonrisa, en la que había algo de sorpresa, de discreta incredulidad, expresando cierta oculta mofa natural en una bella joven, orgullosa de su cuerpo, al verse en presencia de una virginidad tan infantil y retrasada. Pero como hábil vendedora que era, se deshizo en amables palabras:

—¡Ah, señorita; seré muy dichosa vendiéndola á usted algo! ¡Es tan hermoso su milagro de usted! Mire: todo el almacén está á su disposición. Tenemos de las mejores cosas.

María estaba inquieta.

—Muchas gracias; es usted muy amable... Sólo venimos á comprar cosas pequeñas.

—Si nos permite usted—dijo el señor de Guersaint,—las escogeremos nosotros mismos.

—Ya lo creo, con mil amores; escójalas usted, señor. Luego nos veremos.

Y como entraran otros clientes, Apolonia les olvidó, volviendo á su oficio de hermosa vendedora, con frases cariñosas y gestos seductores, sobre todo para los hombres, á quienes no dejaba partir sin los bolsillos llenos de compras.

Al señor de Guersaint quedábanle dos francos de los luises que Blanca, su hija mayor, le diera para los gastos de viaje. Así es que no se atrevía á lanzarse demasiado en las compras. Pero Pedro declaró que se le causaría gran pena si no se le permitía ofrecer á sus amigos los pocos objetos que llevasen de Lourdes. Entonces, se convino en escoger desde luego un regalo para Blanca; después, para María y su padre, tomarían cada uno el recuerdo que más les gustase.

—No nos apresuremos—repetía el señor de Guersaint muy contento. —Veamos, María, busca bien... ¿Qué es lo que más le gustará á Blanca? Los tres miraban, huroneaban, ojeaban. Solamente, su indecisión aumentaba á medida que pasaban de un objeto á otro. El vasto almacén con sus mostradores, sus escaparates, sus encasillados que lo llenaban de arriba abajo, era un mar de innumerables olas, un desbordamiento de todos los artículos religiosos imaginables.

Allí había rosarios, paquetes de rosarios pendiendo á lo largo de las paredes: montones de rosarios en los escaparates; desde, los más humildes, de veinte sueldos la docena, hasta los de madera olorosa, ágata ó lapislázuli, con cadenas de oro y plata. Algunos de ellos inmensos, hechos para ceñir con doble vuelta el cuello y el talle, mostraban cuentas trabajadas, grandes como nueces, separadas por calaveras.

Allí había medallas; una lluvia de medallas; cajas llenas, de todos los tamaños, de todas las materias, desde las más modestas hasta las más preciosas, con diversas inscripciones, representando la Basílica, la Gruta, la inmaculada Concepción, grabadas, esmaltadas con cuidado, ó fabricadas por gruesas, para todos los bolsillos.

Había allí Santas Vírgenes, pequeñas, grandes, de zinc, de madera, de marfil, sobre todo de yeso; unas de una blancura desnuda, otras pintadas de vivos colores, reproduciendo hasta lo infinito la descripción hecha por Bernadette, con el rostro amable y sonriente, el velo muy largo, la banda azul, las rosas de oro sobre los pies, con ligeras modificaciones para cada modelo, con el fin de garantir la propiedad del editor.

Y había además una inmensa ola de otros artículos religiosos; las cien variedades de escapularios, los mil clichés de la estampería devota, las cromolitografías de colores chillones, todo inundado por un sinnúmero de pequeñas imágenes coloreadas, doradas, barnizadas, adornadas de *bouquets* y de encajes.

También había joyería: sortijas, broches, brazaletes cargados de estrellas y de cruces, decorados de figuras santas.

Y finalmente, el artículo parisiense dominaba, sumergía el resto: portalápices, portamonedas, petacas, prensa-papeles, plegaderas y hasta tabaqueras; innumerables objetos en los cuales hallábanse reproducidas de todos los modos y por todos los procedimientos conocidos, la Basílica, la Gruta, la Santa Vírgen.

En una caja de cincuenta céntimos la pieza, amontonábanse en desórden aros de servilletas, hueveras y pipas de madera, donde estaba esculpida radiante, la aparición de Nuestra Señora de Lourdes.

Poco á poco se sintió el señor de Guersaint invadido de una tristeza de una excitación propia del hombre que se precia de artista.

—¡Pero todo esto es feísimo, horroroso!—repetía á cada nuevo objeto que examinaba.

Se consoló, sin embargo, recordando á Pedro la ruinosa tentativa que había hecho para renovar la estampería religiosa. En este intento quedaron los restos de su fortuna, lo cual le hacía ser más severo aún ante las pobres cosas de que se hallaba desbordado el almacén. ¿Habíanse visto jamás objetos de una fealdad tan necia, tan pretenciosa, tan complicada? La vulgaridad de la idea, la necedad de la expresión, disputaban la banal habilidad de la fabricación. Eso, parecía el grabado de

moda, la cubierta de una caja de bombones, las muñecas de cera que dan vueltas en los escaparates de las peluquerías; un arte falsamente hermoso, amiñado, sin humanidad real, sin acento, sin sinceridad alguna.

Y el arquitecto, desesperado, no se detuvo más; expresó también su disgusto ante las construcciones del nuevo Lourdes, la lastimosa fealdad de la Gruta, la colosal monstruosidad de las escaleras, las desastrosas desproporciones de la iglesia del Rosario y de la Basílica; aquélla demasiado pesada; ésta, de una delgadez de fábrica anémica, bastarda y sin estilo.

—¡Ah, verdaderamente!—acabó por decir.—Es preciso amar mucho al buen Dios, para tener valor de venir á adorarle en medio de semejantes horrores. Todo lo han errado, todo lo han amasado, como á capricho, sin que ni uno sólo haya tenido un minuto de inspiración, de verdadera ingenuidad, de fe síncera, que informa las obras maestras. Todos malignos, todos copistas; ni uno sólo ha dado su carne y su alma. ¡Cuánto necesitarán entonces para hacer obras grandiosas si ni siquiera rodeados de tantos milagros sienten inspiración!

Pedro, no respondió; estaba singularmente absorto en estas reflexiones y se explicaba por fin la causa del malestar que esperimentaba desde su llegada á Lourdes.

Este malestar procedía del desacuerdo entre el medio enteramente moderno y la fe de los siglos pasados, cuya resurrección ensayaba. Evocaba las antiguas catedrales donde temblaba esta fe de los pueblos; veía de nuevo los antiguos objetos del culto, la estampería, la orfebrería, los santos de piedra y de madera, de una fuerza, de una bondad de expresión admirables. Y era que en aquellos tiempos lejanos, los obreros creían, daban su carne, daban su alma con toda la ingenuidad propia de su inspiración, como decía el Sr. de Guersaint.

Y hoy día, los arquitectos edificaban las iglesias con la tranquila ciencia que empleaban en edificar casas de cinco pisos; así como los objetos religiosos, los rosarios, las medallas, las estátuas, eran fabricadas en montón, en los barrios populosos de París, por obreros que ni aún cumplen con las prácticas religiosas.

Y también, ¡qué juguetería, qué quincallería de pacotilla, de una belleza que hacía llorar, de un necio sentimentalismo que sublevaba el corazón! Lourdes estaba inundado, estragado, afeado, hasta el punto de incomodar á las personas de gusto un poco delicado, perdidas en sus calles.

Todo esto chocaba brutalmente con la resurrección que se intentaba, con las leyendas, las ceremonias, las procesiones de las edades muertas; y Pedro, de pronto, pensó que la condenación histórica y social de Lourdes estaba allí, que la fe estaba muerta para siempre en un pueblo, cuando no la demuestra en las iglesias que construye, ni en los rosarios que fabrica.

María continuaba mirando los escaparates con una impaciencia de niño, vacilando, no hallando nada que le pareciese digno del gran sueño de éxtasis que ella iba á guardar en sí.

—Padre; la hora adelanta, y es preciso que me conduzcas al Hospital... Y para acabar, mira, daré á Blanca esta medalla, con esta cadena de plata. Esto es lo más sencillo y bonito que hay. La llevará y le sentará como una pequeña joya. Para mí, esta estatua de Nuestra Señora de Lourdes, este pequeño modelo, que está bastante graciosamente pintado. La pondré en mi cuarto, y la rodearé de flores frescas. Estará muy bien, ¿verdad?

El Sr. de Guersaint lo aprobó, y después, pensando de nuevo en su propia elección, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío! Estoy perplejo.

Examinó varios portaplumas de marfil, terminados en bolas parecidas á guisantes, en las cuales se hallaban microscópicas fotografías. Y al aplicar un ojo á uno de los pequeños agujeros, para ver, dió un grito, maravillado.

—¡Toma; el circo de Gavarnie! ¡Ah; esto es prodigioso! Está muy bien. ¿Cómo puede el coloso caber aquí dentro?... A fe mía, tomo para mí este portaplumas. Es muy gracioso; me recordará mi excursión.

Pedro escogió sencillamente un retrato de Bernadette: la gran fotografía que la presenta de rodillas en traje negro, con una cinta anudada á sus cabellos. Decíase que era el único retrato hecho del natural. Se apresuró á pagar, y los tres partían, cuando entró la señora Majestad; se admiró y quiso absolutamente hacer un pequeño regalo á María, diciendo que esto reportaría dicha á su casa.

—Señorita, suplico á usted que tome este escapulario. ¡Mire; entre los de aquí! La Santa Vírgen que ha elegido á usted, me lo pagará en buena suerte.

Alzó la voz, y tanto hizo, que los compradores que llenaban la tienda se interesaron y miraron desde entonces á la joven con ávidos ojos. Era que empezaba la popularidad alrededor de María, que acabó hasta por ganar la calle, cuando la hostelera fué al umbral de la tienda á hacer señas á los mercaderes de en frente, amotinando á la vecindad.

—¿Partimos?—repitió María, cada vez más mortificada.

Pero su padre la retuvo aún, al ver que entraba un sacerdote.

—¡Ah, el señor abate Des Hermoises!

Era, en efecto, el buen abate, en fina sotana, oliendo bien, con el rostro fresco, de una soave alegría. No había visto á su acompañante desde la víspera. Se aproximó vivamente á Apolonia, llevándola aparte, y Pedro oyó que decía á media voz:

—¿Por qué no ha ido usted esta mañana á llevarme mis tres docenas de rosarios?

Apolonia se reía con su arrullo de tórtola, mirándole bajo, con malicia, sin responder.

—Son para mis pequeños penitentes de Tolosa; quería ponerlos en el fondo de mi maleta, y usted me ofreció que me ayudaría á colocar mi ropa.

Ella seguía riendo; le excitaba con el rabillo de sus hermosos ojos.

—Ahora no partiré hasta mañana. Llevémelos usted esta noche ¿no es eso? cuando se quede usted libre... Es en el extremo de la calle, en casa de la Duchêne, el cuarto amueblado del piso bajo... Sea usted amable y vaya usted misma.

Con el extremo de sus lábios rojos, Apolonia dijo por fin chanceándose, sin que el sacerdote pudiese saber si sostendría su promesa:

—Ciertamente, señor abate; iré.

Fueron interrumpidos por el Sr. de Guersaint que se adelantó para apretar la mano al sacerdote. En seguida, hablaron del circo de Gavarnie; una partida deliciosa; horas encantadoras que jamás olvidarían. Después se rieron de sus dos acompañantes, dos eclesiásticos poco afortunados, buenas gentes, cuyas ingenuidades les habían divertido extraordinariamente.

El arquitecto, acabó por recordar á su nuevo amigo, que le habia prometido interesar á un personaje de Tolosa diez veces millonario, en sus estudios sobre la dirección de los globos.

—Un primer adelanto de cien mil francos bastará, dijo:

—Cuente usted conmigo,—declaró el abate Des Hermoises. No habrá usted rogado en vano á la Santa Vírgen.

Pedro, que había conservado en la mano el retrato de Bernadette, acababa de extrañar la extraordinaria semejanza de Apolonia con la vidente. Era la misma cara un poco gruesa, los mismos magníficos ojos; y recordó que la señora Majestad le había señalado esta semejanza, singular, tanto más, cuanto que Apolonia había tenido la misma infancia pobre, en Bartrés, antes de que su tía la recogiese para que la ayudase á llevar la tienda.

¡Bernadette; Apolonia! ¡Qué extraña semejanza, qué reencarnación inesperada, en treinta años de diferencia!

Y de pronto, con esta Apolonia tan gallardamente risueña, que aceptaba citas, acerca de las cuales circulaban los más amables rumores, se presentó ante sus ojos el nuevo Lourdes; los cocheros, los mercaderes de velas, los alquiladores de cuartos, deteniendo al cliente en la estación, las cien casas amuebladas con pequeños y discretos alojamientos, la barahunda de sacerdotes libres de hospitalarias apasionadas de simples paseantes llegados allí para satisfacer sus apetitos.

Después, había allí el furioso delirio por el negocio, desencadenado por la lluvia de millones; la villa entera entregada al lucro, las tiendas

convirtiendo las calles en bazares, devorándose entre sí; los hoteles, viviendo vorazmente de los peregrinos, hasta las Hermanas Azules que tenían mesa de hotel; hasta los padres que sacaban dinero de su Dios. ¡Qué triste y espantosa aventura la visión de una Bernadette tan pura, apasionando á las muchedumbres, haciéndolas lanzarse á la ilusión de la dicha, llevando un río de oro, y desde ese día pudriéndolo todo! Bastó que soplase la superstición, que se amontonase la humanidad, que fuese aportado el dinero, para que este honesto rincón de tierra se corrompiese para siempre.

Donde florecía antiguamente el cándido lirio, elevábase ahora la rosa carnal, en el nuevo estiercol de avaricia y de goce. Sodoma nació en Belén, después que un niño inocente vió á la Vírgen.

—Ejém, ¿qué le dije yo á usted?—exclamó la señora Majestad, notando que Pedro comparaba á su sobrina con el retrato. Apolonia es Bernadette.

La joven se aproximó, con su amable sonrisa, honrada desde luego con la comparación.

—¡Veamos, veamos!—dijo el abate Des Hermoises, con aire de vivo interés.

Pidió la fotografía, comparó á su vez, y se maravilló.

—Esto es prodigioso; los mismos rasgos... Aún no lo había notado; estoy encantado, en verdad.

—Sin embargo—acabó por declarar Apolonia,—creo que ella tenía la naríz más gruesa. El abate entonces dió un grito de irresistible admiración.

—¡Oh! Usted es más bella, mucho más bella; esto es evidente... Pero no le hace: se las tomaría á ustedes por hermanas.

Pedro encontró esta frase tan singular, que no pudo menos de reir. ¡Ah! la pobre Bernadette estaba bien muerta, y no tenía hermana. No hubiera podido renacer, no era posible, en ese país de barahunda y de pasión que había formado ella.

María partió por fin del brazo de su padre, y convinieron en que los dos irían á buscarla al hospital para dirigirse juntos á la estación. En la calle la esperaban, como en éxtasis, más de cincuenta personas.

La saludaron, la siguieron; una mujer hizo tocar el vestido de la joven curada milagrosamente, á su niño enfermo, á quien llevaba á la gruta.